

## XV

# RITOS EN TORNO AL FUEGO DOMÉSTICO

El hogar, esto es, el fuego doméstico, está presente en todas las culturas. Cuando al final del Paleolítico Inferior el hombre consigue controlar el fuego –más tarde será capaz incluso de producirlo– va a crear mediante este elemento un espacio reservado, al que solamente él tendrá acceso.

Hasta entonces el hombre vivía y se movía en un medio natural compartido con otras especies animales. A partir de esta primera revolución energética<sup>1</sup> todas las otras especies animales quedarán excluidas de este espacio.

Precisamente si bien el temor al fuego es instintivo en las especies animales, el vínculo que los humanos han mantenido con él a lo largo de la evolución ha sido tan estrecho que debe educar a sus crías, a los niños pequeños, acerca de la peligrosidad del mismo para evitar que se quemen. En un volumen anterior de este Atlas etnográfico hemos recogido alguna creencia relativa a la restricción de “jugar con fuego” de los niños dada la enorme atracción que ejerce sobre éstos, tanto para evitar que se

accidenten como para alejar el peligro de que prendan la casa<sup>2</sup>. Surge así el *hogar* como espacio estrictamente humano; el acceso de otros animales a él constituyó precisamente la *domesticación* de éstos.

La atracción no es sólo infantil sino que nos acompaña el resto de nuestras vidas. Así hablamos del poder hipnótico que sobre nosotros ejerce el fuego y el mismo ha entrado a formar parte de nuestro lenguaje relacionándolo con la propia vida o con el amor. Expresiones como avivar el fuego, decir que es mortecino el que está a punto de extinguirse o estar al amor de la lumbre, constituyen el contrapunto a hablar del fuego de la vida o del amor o de apagarse la llama de la vida.

Por elemental que parezca este hecho que nos aporta la arqueocivilización, es necesario tenerlo presente para interpretar el desarrollo ulterior de la cultura doméstica en la diversidad de los pueblos.

El fuego del hogar que hasta ayer era, aún entre nosotros, un elemento primordial de la

<sup>1</sup> André VARAGNAC. *La conquête des énergies*. Paris: (Hachette), pp. 65 y ss.

<sup>2</sup> ETNIKER EUSKALERRIA. *Medicina popular en Vasconia*. Bilbao, 2004, p. 608.

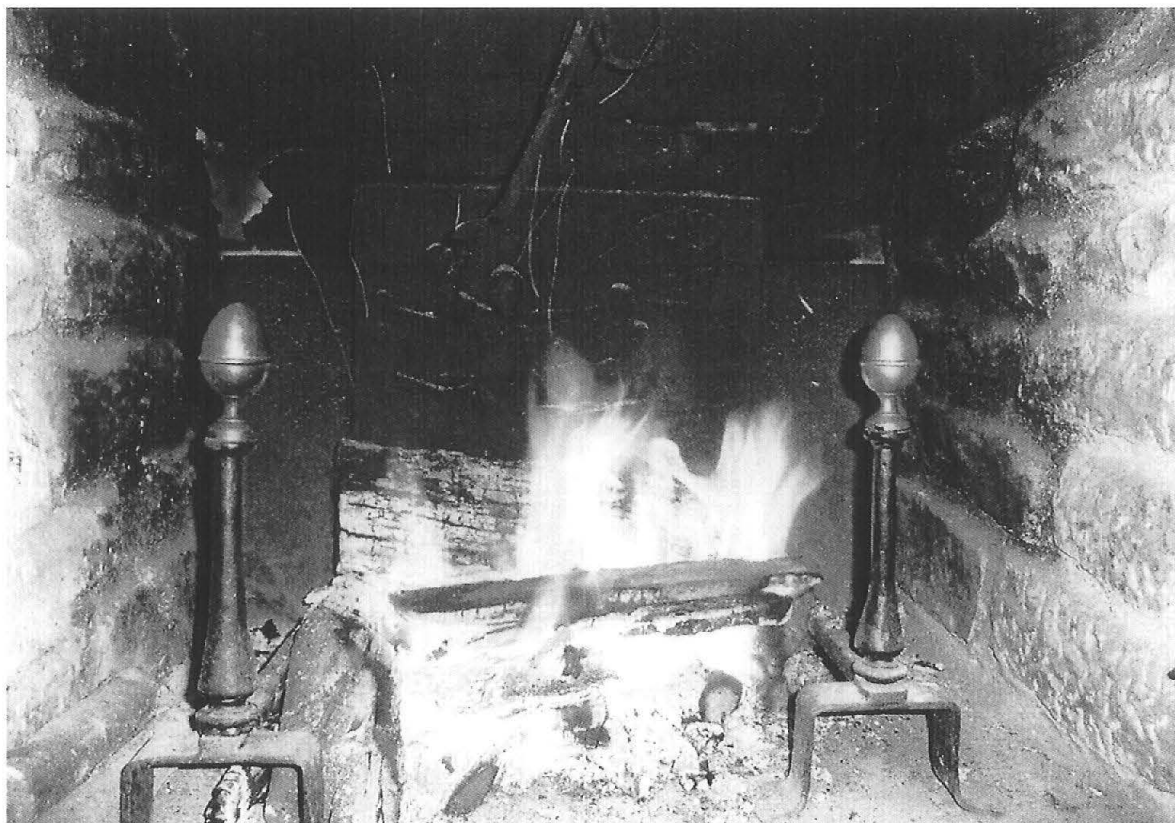


Fig. 424. El fuego del hogar, elemento central de la casa, 2011.

casa y el eje de la convivencia familiar, es también un elemento básico en el origen mismo de la civilización.

El microclima que genera en su entorno este fuego controlado se convierte en un ámbito de relación humana. Cuando ese fuego es estable en un mismo lugar adquirirá la condición de ser testigo de las sucesivas generaciones que convivieron junto a él. Conviene tener presente que hasta que hicieron su aparición las cocinas de gas butano, el fuego debía estar encendido cada día del año, incluidas las calurosas jornadas del estío, ya que constituía la única fuente de calor que permitía cocinar los alimentos. En este contexto ha adquirido el fuego en nuestra cultura tradicional la consideración de símbolo de la casa, genio del hogar y ofrenda dedicada a los antepasados<sup>3</sup>.

Relacionadas con el fuego han surgido numerosas tradiciones como las que se señalan a continuación y otras que mencionaremos en este capítulo que hacen referencia a la antigua virtualidad que se atribuía al fuego doméstico y que han tenido una gran extensión a lo largo de Vasconia.

Al fuego del hogar, por ejemplo, se le pedía la segunda dentición. Existía entre los niños la costumbre de arrojar al fuego del hogar el diente caído invocándole: *Tori zarra ta ekatzu berria* (toma el viejo y trae el nuevo)<sup>4</sup> (Oiartzun-G). Este fuego era también capaz de purificar el pan u otros alimentos contaminados por haber caído al suelo o el agua traída de la fuente tras la puesta del sol. En torno a este fuego tenían que dar tres vueltas las personas o los animales que venidos de fuera quedaban incorporados a la casa.

<sup>3</sup> José Miguel de BARANDIARAN. *Diccionario Ilustrado de Mitología Vasca*. Bilbao: 1972, p. 218.

<sup>4</sup> En el tomo de este Atlas Etnográfico dedicado a *Juegos infantiles en Vasconia* se recoge esta costumbre y las cancioncillas que se cantaban.

Vamos a referirnos a algunas de las creencias y ritos en torno al fuego doméstico recogidas en nuestras encuestas y que han estado vigentes hasta nuestros días.

### LAS BRASAS DEL HOGAR. SUA BILTZEN, SUA BATZEN

Al terminar el día no se procedía antaño a apagar el fuego del hogar; al contrario, se ponía todo el cuidado para que éste se mantuviera vivo. Para ello se retiraban los troncos y se tapaban las brasas cuidadosamente con ceniza. Así quedaba bajo ella un fuego que perduraba amortecido durante la noche y podía renovarse a la mañana siguiente.

Nuestra encuesta de Amezaga de Zuia (A) señala que se tenía como mal presagio que el ama de casa encontrara a la mañana el fuego apagado. Sin embargo si las brasas se mantenían vivas exclamaba: “Bendito sea Dios, que tengo lumbre”.

Señala Barandiaran que este fuego doméstico ininterrumpido era del agrado de los antepasados que, según se creía, visitaban la casa por las noches. A esta creencia alude la invocación que se recitaba en Ataun (G) al apilar el rescoldo del fogón por la noche al tiempo que se trazaban con la mano tres cruces sobre el hogar:

*Nik sue biltzên  
Aingerûk etxên sartzên,  
Etxên etxekôk bedeinkatzen.*

(Al apilar yo el fuego / entran los ángeles en la casa, / bendiciendo en ella a sus moradores).

Anotaba que este rito ya lo practicaban pocos en el pueblo en 1925.

A primeros del siglo XX Azkue recogió en Zeanuri (B) una invocación semejante que se recitaba en el momento de apilar el fuego por la noche:

*Sua batzean  
Sua batzean  
Infernuko guztiak  
Gure etxetik urteiten  
Mille aingeruk sartu egiten.*

(Recogiendo el fuego, / recogiendo el fuego, / todos los del infierno / están saliendo de nuestra casa / mil ángeles están entrando en ella).

Tras esta invocación se rezaba un *Aita gurea*, padre nuestro<sup>5</sup>.

En Arraioz (N), al ir a la cama, después de cubrir el fuego con ceniza, se golpeaba el llar con la paleta, diciendo “En el nombre del Padre y del Hijo y del Señor Espíritu Santo, Amén”. En Aiñharbe (Z), se recitaba la misma invocación y después de cubrir el fuego con ceniza se ponía sobre ella la paleta<sup>6</sup>. En Bar-koxe (Z), cubierto el fuego, se ponía junto a él la paleta y las tenazas en forma de cruz<sup>7</sup>.

También a principios del siglo XX, en Améscoa (N) al cubrir los rescoldos trazaban una cruz sobre ellos y colocaban encima la pala y la tenaza formando cruz al tiempo que decían:

*Hágote raya  
hágote cruz.  
Si viene el ángel  
que encuentre luz  
si viene el diablo  
que encuentre cruz.*

En las primeras décadas del siglo XX el P. Donostia recogió el siguiente rito en Luzaide/Valcarlos (N): La dueña de la casa, después de recoger el fuego, puesta de rodillas en la plancha, lo bendecía con la pala en la mano haciendo tres veces el signo de la cruz y diciendo:

*San Morelli (?)  
Suba enkomendi  
Ez piztu ta ez itzali  
Jesucristo etxe ontan  
Zar bedi.*

(San Morelli / te encomendamos este fuego / que no prenda y que tampoco se apague / que Jesucristo entre en esta casa).

Después pegaba un golpe con la pala al llar y dejaba la pala sobre el fuego<sup>8</sup>.

<sup>5</sup> Resurrección M<sup>a</sup> de AZKUE. *Euskalerrriaren Yakintza*. Tomo I. Madrid: 1935, p. 260.

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 261.

<sup>7</sup> *Ibidem*.

<sup>8</sup> APD. Cuad. 1. Año 1920, ficha 131.

José María de Luzaide<sup>9</sup> recogía en el segundo decenio del siglo XX esta misma costumbre en Luzaide/Valcarlos (N): Mi ama, todas las noches, al dejar unas brasitas en el hogar recubiertas con ceniza, para hallarlas encendidas a la mañana siguiente sin temor de incendio, no olvidará decir:

*San Morelli  
sua encomendi,  
ez piztu ta ez itzali,  
Jesu-Kristo Gure Jauna  
salbedi.*

(San Morelli / te encomendamos este fuego, / que no prenda ni se apague, / que Jesucristo Nuestro Señor / entre [en esta casa]).

También aporta este autor otra oración más larga para cubrir el fuego, *sua itzaltzeko otoitza*:

*Jaun San Bladi,  
nik sua estali;  
edo zoin gaisto jin baladi  
bortan bedi arri.  
Jinkoari dago gau oroz,  
Andredena Maria gau oroz;  
Jinkoa eta Andredena Maria  
zaurthe gurekin etzatera;  
ainguru hunak gure supazterrera,  
gure suyaren beiratzera.*

(Señor San Blas, / yo cubro el fuego; / cualquier enemigo que viniera / quede de piedra fuera. / Dios está toda la noche, / la Virgen María toda la noche; / Dios y la Virgen María / venid a acostaros con nosotros; / y vosotros ángeles buenos al fogón / para que cuidéis del fuego).

En Lekaroz (N), según recogió el P. Donostia, cuando se cubría el fuego con ceniza antes de ir a la cama, se hacían tres cruces diciendo:

*Aitaren Semearen eta  
Espiritu Sainduaren izenean. Amen.  
Santa Kurutze (†) Iru urte kurutze  
(†) Aingeruak zatozte biar goizian  
(†) gure etxera su eske.  
Etsaia apartatik gurutzearen indarrez.  
Amen.*

<sup>9</sup> J. M.<sup>a</sup> de Luzaide. *Boiras*. Pamplona: 1922, pág. 66. Citado por José M.<sup>a</sup> SATRUSTEGI in "Estudio etnográfico de Valcarlos", cit., p. 153.

(En el nombre del Padre, del Hijo y del / Espíritu Santo. Amén. / Santa Cruz + tres cruces de oro / + ángeles venid mañana por la mañana / + a nuestra casa en busca de fuego. / Que el enemigo se aleje por la virtud de la cruz. / Amén).

Se tapaba después el fuego y se colocaba el *suburni*, morillo, en posición horizontal. Con la pala se hacía la señal de la cruz y se tocaba con ella el llar o la chimenea dejándola encima del *suburni* en forma de cruz<sup>10</sup>.

Este rito estuvo muy extendido en toda el área de Vasconia; así lo comprobaron las encuestas realizadas por la Sociedad de Eusko Folklore en el segundo decenio del siglo XX y se ha mantenido hasta nuestros días como denotan los numerosos testimonios que transcribimos más adelante.

En Errigoiti (B) se recogió en esa misma década que cuando tenía lugar el apilamiento de las cenizas se decían tres veces las palabras:

*Gure etxian sue batzian,  
angeruak sartzian.*

(Al apilarse el fuego en nuestra casa, / [van] entrando los ángeles).

En Markinez (A) al apilar por la noche el rescoldo y la ceniza del hogar, hacían una o tres cruces sobre la ceniza, mientras decían:

*Si viene Dios,  
que vea la luz;  
si viene el diablo,  
que vea la cruz.*

En Bernedo (A) se decía una fórmula similar:

*Si viene Dios  
que encuentre luz,  
y si viene el diablo,  
que encuentre cruz.*

A la vez que recitaban esta fórmula con la misma paleta trazaban una cruz en la ceniza. El Día de las Ánimas (2 de noviembre) se dejaba descubierta la lumbre, para que, si venían las ánimas, se pudiesen calentar.

En otros pueblos alaveses nuestras encuestas han registrado recuerdos de prácticas y recitados similares al apilar los rescoldos. Así en

<sup>10</sup> APD. Cuad. 1. Año 1920, ficha 69.



Fig. 425. *Sua batzen*, las brasas del hogar. Zeanuri (B), 1980.

Agurain, Apellániz, Bajauri, Navarrete, Pipa-  
ón, Santa Cruz de Campezo y Urturi (A).

En Lagrán (A) la dueña de la casa cubría las brasas con ceniza y también el extremo encendido del trashoguero o tronco “arrimadero”. Una vez terminada la operación, trazaba una cruz con la tenaza recitando:

*Tápote, lumbre;  
hágote, Cruz;  
para que cuando venga el ángel  
encuentre Cruz y luz.*

Y dejaba la tenaza y la pala en forma de cruz.  
En Amorebieta-Etxano (B), al apilar el fue-  
go se recitaba:

*Gure etzean sue batu,  
gure etzean Jesukristo sartuten,  
gure etzean Jesukristok baño  
ez deijjela parterik artu.*

(En nuestra casa se recoge el fuego, / en nues-  
tra casa entre Jesucristo, / en nuestra casa /  
que nadie tenga parte más que Jesucristo).

En Elosua (G), por la noche se apilaba la ceniza y colocaban encima la pala de hacer talos, *talo-palia*. En algunas casas se recitaba:

*Sua biltzeko, etxe onetan aingeruak sartzeko,  
etxe onek lau kantoe ta lau aingeru,  
etxe au San Miel aingeruak zaindu bear digu.*

(Para recoger el fuego, para que los ángeles entren en esta casa, / esta casa tiene cuatro cantones y cuatro ángeles, / esta casa nos la cuidará el ángel San Miguel).

En Allo y en Lezaun (N) la dueña de la casa amontonaba las cenizas en la solera del fogón y con las tenazas o el badil<sup>11</sup>, trazaba sobre ellas una cruz, al tiempo que decía:

*Si viene el ángel que haya luz;  
Si viene el diablo, que encuentre cruz.*

En Mezkiritz (N), se recogía el fuego, se cubría con las cenizas, se hacían tres cruces y se rezaba:

<sup>11</sup> Badil: Paleta para remover el fuego y recoger las cenizas.



*Jangoikuak duela parte,  
Aingeruek bertze ainbertze,  
Eta gaiztuek ez batere.*

(Que Dios tenga parte, / y otro tanto los ángeles, y nada de nada los diablos).

Después se rezaba un padre nuestro por las almas de los fallecidos de la casa y se ponían en forma de cruz la tenaza y el badil.

En Luzaide/Valcarlos (N), tal como recogió Satrustegi a finales de los años cincuenta, antes de acostarse se acostumbraba a cubrir el fuego con ceniza; a esta operación le llamaban "suiaín izargitziá". Asperjaban el fuego con unas gotas de agua y decían:

*Aingeru hunak sukaldeá  
Jinkua eta Anderdena  
zahute gurekin ofeat.*

(Ángeles buenos a la cocina / Dios y la Virgen María / venid conmigo a la cama).

En otras casas hacían tres cruces sobre la plancha, diciendo esta oración:

*Aita beira zazu gure etxia  
Semia beira zazu gure ganbara  
Izpiritu Saindia beira zazu  
gure arima eta gorputza.*

(Padre, cuida nuestra casa / Hijo, cuida nuestra estancia / Espíritu Santo, guarda / nuestro cuerpo y alma).

Otra fórmula de tipo conminatorio se recogió también en Luzaide/Valcarlos (N):

*San Blas, nik suya itzali  
Bortan ba da etsaik an harri bedi.  
Etxeko jendiak ofeat, Aingeriak sukaldeat,  
Jinkua eta Anderdena mailia, zahute gurekin ofeat.*

(San Blas, yo apago el fuego / si a la puerta hay algún enemigo que se petrifique allí. / Los de casa a la cama, los Ángeles a la cocina, / Dios y Santa María, venid con nosotros a la cama).

Similar es esta otra fórmula más corta:

*Jaun San Bladi, nik suya estali  
bortan bada gaiztaginik an harri bedi.  
Jaun Santa Kruz, zilar Santa Kruz.*

(Señor San Blas, yo apago el fuego / si en la puerta hay algún maligno que quede allí. / Señor Santa Cruz, Santa Cruz de plata).

En Aintzioa y Orondritz (N), después de tapar las brasas con ceniza, se trazaban tres cruces con las tenazas o el *bertxun*<sup>12</sup> encima de la chapa del fuego, mientras se decía: *Aingeruak parte, Jaingoikua bertze ainbertze* (Que los ángeles tengan parte, otro tanto Dios). Se rezaba un padre nuestro por las benditas almas del purgatorio para que tuvieran alivio y descanso, y se dejaban las tenazas y el *bertxun*, formando una cruz.

En varias de las encuestas actuales, si bien se ha recogido el rito del apilamiento de las cenizas sobre los rescoldos, los informantes no recuerdan las oraciones o conjuros que se recitaban.

En Zerain (G) se separaban los troncos y se tapaba la brasa con ceniza; encima se colocaba el *talo-burnie*, parrilla de hacer tortas, con las tenazas abiertas en forma de cruz; en algunas casas recitaban una oración al realizar esta operación.

En Bermeo (B) se amontonaban las brasas y se les echaba un poco de agua. Sobre el montón de brasas y cenizas se colocaba el *talo-burdiñe*.

En Oresa (G), antes de guardar el fuego, con las cenizas encima había que recoger todos los utensilios del fogón y poner las tenazas en forma de cruz. Una informante daba la razón de esta cuidadosa operación: *Oera sukaldeá garbituta joan bear zala, aingeruak dantzari ibiltzen ziralako* (había que ir a la cama dejando la cocina limpia, porque allí los ángeles solían estar bailando).

En Bedarona (B) se ha constatado esta misma creencia; por la noche se apila toda la brasa; hay que dejar el hogar bien limpio y recogido; existe la creencia de que bajan allí los ángeles por la noche a bailar.

En Gautegiz-Arteaga (B) también se ha constatado que al anochecer se pasaba la escoba en la cocina para dejarla bien limpia con la misma finalidad de que bailaran los ángeles, "aingeruk jantzan egin deijjen gabaz". En tiempos pasados escaseaban las cerillas y costaba encender el fuego por lo que se tapaban los rescoldos, *txingerrak*, con las cenizas. También en Nabarniz (B) se ha constatado la costum-

<sup>12</sup> *Bertxun*: Hierro de unos 50 cm de largo y bordes extremos ligeramente curvos utilizado para apartar troncos del fuego.

bre de tapar la lumbre del fuego bajo con cenizas al acostarse. Un informante de Gaute-giz-Arteaga (B) recuerda haberle oído a su padre que era natural de la cercana localidad de Axpe (Busturia-B) que siendo niño, hacia 1910, un vecino solía venir a por lumbre a la casa de ellos y llevaba el tizón soplándolo para evitar que se le apagara.

En Oñati (G) al recoger la ceniza se dejaba una cruz hecha con las tenazas y el atizador o se marcaba una cruz en las cenizas.

En Baja Navarra se hacía este mismo rito; se cubría el fuego con sus cenizas y se trazaba una cruz sobre ellas. En Viana (N) había quien al apagar el “rascoldo o rescoldo” (restos de lumbre que quedaban entre la ceniza) con agua, al esparcir ésta lo hacía en forma de cruz. También en Agurain (A) se apagaba el fuego con agua, y el rescoldo se cubría apilando la ceniza; para ello se recogía la que estaba esparcida y se hacía la señal de la cruz en la base del hogar.

Con ocasión de estas prácticas de apilar los rescoldos, muchos informantes señalan que los gatos se arrimaban al hogar por la noche en busca de calor. De ahí venía el temor de que el fuego pudiera prender en sus pelos y provocar en su huida un incendio en la casa o en el pajar (Moreda-A; Ajangiz, Ajuria, Andranka, Bermeo, Gaute-giz-Arteaga, Nabarniz, Orozko, Valle de Carranza-B; Beasain, Berastegi, Telleriarte-G; Viana-N).

## EL FUEGO DEL HOGAR EN DÍAS SEÑALADOS

### El tronco de Navidad. Gabon-subila

La festividad de la Navidad coincide con el solsticio de invierno. El renacer del sol está expresado en euskera con los nombres de *Eguberri* (sol –cielo– nuevo) y *Urtebarri* (año nuevo). Ciertas prácticas y creencias en torno al fuego del hogar en las fiestas de Navidad están vinculadas a la festividad cristiana del nacimiento de Cristo. Otras parecen relacionadas con los antiguos cultos solsticiales que se extienden por toda el área de la primitiva civilización indoeuropea.

En numerosos pueblos de Vasconia, el tronco destinado a ser quemado en el hogar en esta festividad recibe denominaciones particulares, a saber:

*Bazter-egurra* (Berastegi-G); *Baztarreko* (Aintzinoa y Orondritz, Eugi-N); *Gabon* (Trespuentes-A); *Gabon-enborra* (Telleriarte-G); *Gabongaua* (Zerain-G); *Gabon-zuzi* (Zegama-G); *Gabon-subil* (Abadiño-B y Anzuola-G); *Gabon-mukur* (Bedia-B); *Mukur* (Durango-B); *Mukur mandue* y *Artie* (Bermeo-B); *Olentzero-enborra* (Oiartzun-G); *Onontzoro-mokor* (Larraun-N); *Porrondoko* (Agurain-A); *Subilaro-egur* (Aezkoa-N); *Sekularo-egurra* o *Sekulorunena* (Isaba, Urzainki, Uztárroz-Valle del Roncal-N); *Sukularo-egur* (Salazar-N); *Sukubela* (Liginaga-Z); *Tronco de Navidad* (Roncal, Urzainki-N); *Chubillar* (Sangüesa-N); *Xuhilau atsa* (Luzaide/Valcarlos-N); *Zokoko* y *Zonbor* (Eugi-N).

También ha sido común la creencia de que el fuego del hogar adquiere una significación religiosa y unas virtualidades especiales en la Nochebuena que conmemora el nacimiento de Jesús.

En Allo (N), según recuerdan los informantes de más edad, a principios del siglo XX, había costumbre de quemar abundante leña en el hogar durante la Nochebuena. Para ello preparaban troncos y *estillas* que iban agregando al fogón durante la larga velada que seguía a la cena. Procuraban que los rescoldos perduraran hasta la mañana siguiente y antes de retirarse a dormir, cada miembro de la familia tomaba un trozo de leña y lo echaba al fuego, mientras decían invocaciones semejantes a estas:

*Esta pa que seque la Virgen los pañalicos,*

*Esta pa que no pase frío el Niño,*

*Y esta, pa que no le duelan a San José los sabañones...*

En Artajona (N), por la misma época existía una costumbre arraigada en muchas familias, de hacer por la Nochebuena un fuego especial. El padre o un miembro de la familia iba poniendo los troncos en el hogar, ofreciéndolos a la familia de Nazaret; a veces con una intención expresa: “Este pa San José”. “Este pa calentarle los pies al Niñico”. “Este pa que la Virgen seque los pañalicos”.

En Obanos (N), se ponían por Nochebuena tres troncos grandes en el fuego apoyados por la parte superior a modo de cabaña y se decía que eran la Virgen, San José y el Niño. Algunos recuerdan el rezo de las letanías por los difuntos de la casa, mientras removían el fuego. Uno de los informantes señaló que en este día se dejaba a los peones que eligieran la cepa más grande para llevarla a casa y que hicieran un buen fuego con ella.

En San Martín de Unx (N), en la Nochebuena se dejaba encendido el fuego toda la noche, con el fin de que “la Virgen calentara los pañales del Niño”. También dicen que esa noche se daba a los peones de las casas toda la leña que quisieran, pues no podía faltar a nadie del pueblo un buen fuego por Nochebuena.

En Monreal (N), hasta la década de los ochenta, se hacía un fuego especial por Nochebuena. Se ponían tres troncos, uno encima del otro: uno grande para San José, uno mediano para la Virgen y otro más pequeño para el niño Jesús. Esa noche la velada duraba hasta las cuatro o cinco de la mañana y el fuego se mantenía hasta que se iban a dormir. En algunas casas tenía lugar el siguiente rito: el abuelo o el padre ponía los troncos en el hogar al tiempo que decía: “Para el nacimiento del hijo de Dios; para la Santísima Virgen; para San José; para los navegantes de mar y tierra; para las benditas almas del purgatorio”. Cada vez que decía la invocación colocaba un tronco encima de otro.

En el valle de Améscoa (N), era costumbre general que en la Nochebuena, todos y cada uno de los miembros de la familia echaran una leña al fuego, al ir a acostarse, para que se calentara el Niño Jesús.

En Aintzua y Orondritz (N) se ponían dos troncos, *baztarrekos*, hermosos en el fogón para conseguir un gran fuego. Cuando la familia volvía de la misa del Gallo, todos sus miembros subían a la cocina un tronco de leña para alimentar el fuego y de esta manera calentar al niño Jesús, que nacía esa noche. De los *baztarrekos* quemados esa noche se guardaban dos o más tizones que se colocaban en puertas y ventanas para proteger la casa contra el rayo.

En Eugi (N), en Nochebuena, se cogía el mayor *zombor*, leño, que era casi medio árbol, y

no se dejaba que se apagara su fuego durante la noche. En algunas familias llevaban arrastrando el tronco desde el monte hasta la casa con una pareja de bueyes. Con su madera había fuego para ocho días. Este tronco era conocido como *baztarreko* (para la esquina) o *zokoko* (para el rincón).

En Izurdiaga (N), en la Nochebuena se ponían varias leñas en el fuego: una para la gente de la casa, otra para la Virgen, otra para San José, otra para el Niño Jesús y otra para el caminante. Con este fuego se calentaba la cena de esa noche. En Lezaun (N) había una costumbre similar; se hacía el fuego con maderos que tenían un destinatario particular. El tizón o madero principal era para el Niño Jesús, el siguiente para la Virgen María, luego para San José, otros para cada uno de los miembros de la casa y un último para los difuntos de la casa.

Esto mismo se practicaba en Eskiroitz y en Elcano (N) según recogió Barandiaran: el primer tronco era para Dios, el segundo para Nuestra Señora y el tercero para la familia. En Eraso y en Arakil (N) ponían, un leño para cada uno de los miembros de la familia y además otro para el pordiosero<sup>13</sup>.

También en Mirafuentes (N), el día de Nochebuena se solía colocar en el fogón y se mantenía encendido durante toda la noche un gran cepo “para que se calentara el niño Jesús”. Esa noche, víspera de Navidad, personas de pocos recursos eran acogidas en algunas casas; se les daba algo de comer y lugar para dormir.

En Mélida (N), creían que en la noche de Navidad no se debía apagar el fuego, porque tenía que venir la Virgen María a calentar los pañales del Niño Jesús. El momento más importante era a las 12 de la noche, hora en la que se hacía una hoguera grande esperando el acontecimiento.

En Mezkiritz (N), el día de Navidad, *Subilero egunean*, se hacía un fuego muy grande y al volver de la misa del Gallo todos se calentaban al lado del fuego al que se le hacía permanecer encendido toda la noche.

En Eskiroitz (N) colocaban el tronco o *Gabon-zuzi* consagrado a Dios en el umbral de

<sup>13</sup> BARANDIARAN, *Diccionario*, op. cit., p. 92.



la puerta principal de la casa el primer día del año, o el día de San Antón (17 de enero) y hacían pasar por encima a todos los animales domésticos. Creían que así los animales no morirían por accidente durante el año. La misma costumbre existió en Oiartzun (G) y en Arakil (N).

En Sangüesa (N), la noche de Navidad se quemaba en el "fogaril" un gran tronco, escogido especialmente para este día. Este tronco recibía el nombre de *chubilar*. A veces, era tan grande, que lo entraba a rastras una caballería hasta la cocina, sobre todo en los corrales. Como no se consumía del todo se guardaba la parte sobrante del *chubilar* y cuando existía peligro de tormenta se le daba de nuevo fuego en el fogaril pensando que protegía la casa de rayos y pedregadas. Algunos depositaban el último resto del tronco bajo el tejado como medio de protección.

En Luzaide/Valcarlos (N), el día de Nochebuena, *Xuhilau atsa*, se colocaba en el fuego un tronco mayor que se solía tener guardado para esa ocasión.

En Liginaga (Z), había una costumbre similar; por Nochebuena era costumbre poner al fuego un tronco especial, al que se llamaba *sukubela*. En Larrainçe (Z) y en la mayoría de los pueblos, el tronco llamado *sukubela*, ardía en el hogar sólo durante la Nochebuena<sup>14</sup>.

En Agurain (A) la Nochebuena se tenía el fuego del hogar encendido toda la noche, para que la Virgen María calentara los pañales del Niño Jesús.

En el Valle de Zuia (A) era costumbre traer un gran tronco –o zepo nudoso– (cabeza mocha de tocorno o haya), como arrimadero: servía para la Nochebuena y la Nochevieja. Decían algunos informantes que en varias casas lo llevaban con los bueyes hasta el portal y de allí a vueltas hasta el rincón del hogar donde estaba encendido todas las Navidades.

Una costumbre similar recogió Barandiaran en Trespuentes (A): el tronco que ardía en Nochebuena lo llevaba hasta la cocina una pareja de bueyes y allí estaba en el fogón durante todo el año<sup>15</sup>.

En Olaeta-Aramaio (A) encendían en el hogar un tronco de haya durante la última noche del año y quemaban a su lado todo lo que quedaba del tronco del año anterior<sup>16</sup>.

En Andraka, Bedarona y Bermeo (B), en Navidades se colocaba en el fuego un tronco muy grande, *mukur mandue*, un informante bermeano lo denomina *artie*.

En Durango (B) antaño en las casas del casco antiguo que tenían fuego bajo colocaban un gran tronco de haya, *mukurre*. Sobre él preparaban la cena de Navidad.

En Beasain (G), aunque los informantes actuales lo recuerdan muy vagamente, el día de Nochebuena se ponía en el hogar un nuevo tronco de haya, que estaba encendido toda la noche. Le atribuían virtudes contra las enfermedades del ganado.

En Berastegi (G), hasta hace relativamente pocos años, era costumbre conseguir un hermoso fuego, *beko sua*, en la cocina del caserío en la Nochebuena, Nochevieja y víspera de Reyes. Uno de los encuestados señala que a los troncos seleccionados para el fuego de estas noches les daban el nombre de *bazter-egurrak*. Al fuego, por esta zona guipuzcoana limítrofe a Navarra, le denominaban con el nombre de *su aundie*. Era el símbolo vivo del Niño de Belén recién nacido. También a Olentzaro se le relaciona con este *su aundie* porque dicen que se colaba por el conducto de la chimenea y que le gustaba que ésta estuviese limpia. Por esta comarca se le pinta a Olentzaro con un fardo de árgoma, *otea*, al hombro como aportación al fuego navideño.

En Oñati (G) los días de Nochebuena o Año Viejo, se hacía fuego con *anporrak* o *anpor-sua*, que era un viejo tronco de haya.

En Oiartzun (G), tal como recogió Lekuona en el segundo decenio del siglo XX, en la festividad de Nochebuena se acostumbraba poner al fuego un tronco escogido que recibe el nombre de *Olentzero-enborra*, Tronco de Olentzero. Sobre este tronco se hacía pasar a los animales de la casa para protegerlos de enfermedades y accidentes.

En Zerain (G) entre la leña que se guardaba para consumirla durante el invierno, se buscaba con afán y antelación suficiente, un tronco

<sup>14</sup> Ibidem, p. 91.

<sup>15</sup> Ibidem.

<sup>16</sup> Ibidem, p. 92.

especial para el día de Nochebuena, *Gabongaua*, y otro para la Nochevieja y Año Nuevo, *Eguarri*.

Una práctica vigente en muchas casas hasta hace pocas décadas ha consistido en rezar en torno al fuego del hogar, tras la cena de Nochebuena, el rosario por los familiares difuntos.

### El fuego nuevo de Pascua. Su berria

Hasta la reforma litúrgica de la vigilia pascual que tuvo lugar el año 1952, los oficios religiosos del Sábado Santo tenían lugar por la mañana y comenzaban con la bendición del fuego nuevo. Para que este fuego fuera "nuevo" había que obtenerlo encendiendo un trozo de estopa con una chispa de pedernal. El fuego así obtenido prendía los carbones que se colocaban en el incensario y de sus llamas se obtenía la lumbre para encender el cirio pascual.

En este rito de la liturgia de la Iglesia Católica tiene su origen la costumbre muy extendida en tiempos pasados de llevar este fuego bendecido a las casas para renovar con él el fuego del hogar.

Azkue recogió a principios del siglo XX la práctica de esta costumbre en numerosas comarcas y localidades del País Vasco: Arratía (B), Baztan, Larraun (N), Donibane Garazi (BN) y Zuberoa. La víspera de pascua de Resurrección se trae fuego nuevo bendecido del pórtico del templo a todas las casas. El fuego viejo lo lanzan por la ventana, y el nuevo entra por la puerta. La fórmula de Larraun y Baztan (N) es: *Su zarra kanpora, berria barruna* (el fuego viejo afuera, el nuevo adentro)<sup>17</sup>.

En Oiartzun (G), según Lekuona, en el segundo decenio del siglo XX se observaba este rito de renovación del fuego, *su berria*, durante esta festividad del Sábado Santo. Iban los chicos al pórtico con un buen trozo de yesca, *kardakia*, encendiéndolo en el fuego nuevo que se hacía y bendecía dicho día temprano en la parroquia. Al golpe de un palo hacían saltar algunas chispas de la yesca encendida sobre el hogar de las casas, recibiendo por este servicio alguna propina.

En Orío (G), en los años treinta del siglo XX en Sábado Santo los chicos recogían en una teja el fuego bendito en el pórtico de la iglesia y lo repartían por las casas cantando:

*Su zarra kanpora  
Su berria etxera  
Arantz bat edo bi  
Bestela iru kuarto t'ardi.*

(El fuego viejo fuera / el fuego nuevo a casa / uno o dos espinos / y sino tres cuartos y medio).

También en los años treinta en las localidades de Sunbilla y Yaben (N) había costumbre de llevar a las casas este fuego bendito. Al llegar a la casa se anunciaba su llegada desde abajo. Se echaba por la ventana a la calle una palada del fuego de la cocina; hecho esto se subía con el fuego bendito y se ponía en el llar<sup>18</sup>.

Barandiaran registró esta misma práctica en Donostiri (BN) en los años cuarenta. El fuego del hogar se renovaba por Sábado Santo. En ese día cada familia llevaba a la iglesia parroquial un poco de yesca, *haryo*, y la hacía encender en el fuego bendecido en ella al principio de los oficios litúrgicos. Así encendido lo llevaba a casa. Entonces se echaban fuera, por la ventana de la cocina, los materiales que ardían en el hogar, e inmediatamente se hacía otro fuego por medio de la yesca que se había encendido en la iglesia.

También en la década de los cuarenta recogía esta costumbre de labios de una vecina de Zugarramurdi (N): por Sábado Santo, *Bazko-larunbata*, sábado de Pascua, cada familia llevaba a su casa unos carbones de los que en tal día bendecía el cura en la iglesia parroquial. El que los llevaba, antes de entrar en casa, anunciaba su llegada a quienes se hallaban dentro, dando un grito. Entonces uno de casa tomaba un tizón encendido del hogar, *ixingia*, y lo lanzaba por la ventana más allá de la línea de la gotera del techo, *legorretik urrunago*. Seguidamente los carbones bendecidos eran introducidos en casa y depositados en el hogar<sup>19</sup>.

<sup>18</sup> APD. Cuad. 3. Año 1921, ficha 279.

<sup>19</sup> José Miguel de BARANDIARAN. "De la población de Zugarramurdi y de sus tradiciones" in *Homenaje a Odón de Apraiz*. Vitoria: 1981, p. 63.

<sup>17</sup> AZKUE, *Euskalerriaren Yakintza*, op. cit., pp. 259-260.

En Sábado Santo los chicos de Orío recogen en una teja el fuego bendito y lo reparten por las casas cantando:



Fig. 426. Ficha 990, cuaderno nº 11, Archivo P. Donostia.

En Antzuola (G), por Sábado Santo los muchachos, al repartir fuego bendecido, yendo de casa en casa, gritaban: *Abe Maria sugarri, etxe onetan ze barri?* (Ave María, el [nuevo] combustible. ¿Qué novedad en esta casa?). Llevaban el fuego de manera original: en la punta de un asador fijaban un gran pedazo de yesca encendida y en los bolsillos muchos pedacitos de la misma materia. Dejaban dos de éstos, ya encendidos, en cada casa. Con el dinero que recogían hacían una merienda.

La práctica de llevar pedacitos de yesca encendida en el nuevo fuego bendecido el Sábado Santo se practicaba también según Azkue en Beizama (G), Urdazubi (N) y Zuberoa.<sup>20</sup>

También en Luzaide/Valcarlos (N) se renovaba el fuego el Sábado Santo. Se llevaba a casa una brasa después de las funciones religiosas, *su berria*; en casa, tomando las cenizas y brasas del fogón se arrojaban por la ventana, diciendo: *Jauna oizu su zarra eta ekatzu berria* (Señor, toma el fuego viejo y tráeme el nuevo). Es la misma fórmula que se utiliza cuando se arroja al fuego un diente caído, diciendo: *Oizu zarra eta ekatzu berria* (toma el viejo y dame uno nuevo).

En Lagrán (A), el fuego que se encendía en las casas el día de Sábado Santo tenía que proceder del fuego que el sacerdote bendecía

este día en el pórtico de la iglesia, para encender el cirio pascual.

En Beasain (G) hasta los años sesenta los niños solían repartir por los caseríos, esperando alguna propinilla, un trozo de yesca encendida con el "fuego nuevo" que el Sábado Santo se encendía en la iglesia con pedernal y se bendecía. Desde tiempo antes, los niños solían tener preparados pequeños trozos de yesca bien secos, *ardagaie*. Encendían uno en el fuego de la iglesia, y durante el recorrido iban encendiendo un trozo nuevo para entregarlo en cada casa. La mujer de la casa lo echaba a su hogar, quedando así bendecido el fuego doméstico para todo el año. En Elosua y Telleriarte (G) se ha constatado una costumbre similar.

En Zerain (G) el fuego bendecido el Sábado Santo en el pórtico de la iglesia se sacaba luego afuera en un caldero, *pertza*, de donde lo cogían los vecinos para echarlo en su hogar, retirando antes todos los restos del fuego viejo. Con esto quedaba bendito el fuego del hogar. Antiguamente eran los monaguillos los que se encargaban de distribuir el fuego bendito por todos los caseríos, llevando una tea sujeta a un largo palo, *lasto-zuzie*, el ama de casa cogía el fuego nuevo para sustituir el viejo. Esta costumbre hace ya muchos años que no se practica.

En Hondarribia (G), el Sábado de Gloria hacían *putz-egiña*. Con unos trapos los chicos hacían una tea, e iban a la iglesia a tomar el

<sup>20</sup> AZKUE, *Euskalerraren Yabintza*, op. cit., pp. 258-260.

fuego nuevo. Luego recorrían las casas ofreciendo el nuevo fuego y recogiendo las propinas que por ello les daban. En las casas ya estaba preparado el hogar con astillas y se encendía el nuevo fuego. Así “se bendecía el fuego y la casa”.

En Orexa (G), la víspera del domingo de Pascua, se retiraba el fuego viejo de casa y se llevaba fuego nuevo de la iglesia. Los mayores decían, al introducir el fuego nuevo en la casa: *Ara su berria urte guzirako* (he aquí fuego nuevo para todo el año).

En el Valle de Roncal (N) el Sábado Santo encendían con chisquero el fuego que se bendecía en el pórtico de la iglesia. De ese fuego se recogía brasa que se llevaba a casa para el fuego del hogar.

En Apodaca (A) no se guarda memoria actualmente de esta práctica pero algunos vecinos que llegaron de otros pueblos del norte de la provincia recuerdan haber oído a sus padres, que llevaban de la iglesia a casa yesca encendida para hacer un fuego nuevo que no se debía dejar apagar hasta el Sábado Santo del año siguiente.

### INCORPORACIÓN A LA CASA DE UN ANIMAL RECIÉN ADQUIRIDO. ETXERAKO IZAN

El llar, *laratz*, que se describe en un capítulo anterior de esta obra, pende sobre el fuego del hogar y representa la casa. De aquí el dicho muy extendido *laratzak daki nor nor dan* (el llar es el que mejor conoce quién es cada cual). Algunas prácticas, hoy en día desaparecidas y en trance de olvidarse, entrañaban esta representación de la casa que se atribuía al llar.

Las prácticas que a continuación se consignan remiten a una época pasada en la que el fuego ocupaba una posición central en la cocina, anterior a su desplazamiento contra uno de los muros de la casa.

En Ataun (G) antaño cuando se traía de fuera, por compra o donación, alguna gallina o gato, se le daban tres vueltas, metido en un saco, alrededor del *llar* de la cocina: se creía que así no se iría de la casa. Algunos metían al gato en el tamboril de asar castañas, y coloca-

do éste en el llar, le daban varias vueltas. Ya en el segundo decenio del siglo XX esta costumbre la practicaban muy pocos.

En Oiartzun (G) para que se aclimatara, *etsitzeko*, en casa un gato llevado de fuera, era bueno meterlo en un saco y así metido darle unas vueltas alrededor del llar del fogón. También en Oñati (G) cuando se llevaba a casa un gato o gallo, lo metían en un saco y le daban varias vueltas en el llar para que no se marchara de su nueva casa.

En Zegama (G) si se compraban aves en la feria o en otro sitio, antes de soltarlas en el gallinero, se llevaban a la cocina y se les daba tres vueltas alrededor del llar, *elatza*, recitando tres veces: *kanpora ba zoazte, ostera etorri*, si váis fuera, volved de nuevo.

Una costumbre similar recogió Satrustegi de boca de una anciana de Mezkitz (N): *Laratz pertza eukitzeko burnia ze. Erosten bazindue ollo bat edo ollarra, txerri tikien bat edo ala, laratzain inguru en pasatzen ze eta buelta eman ez erraten ze: “Etxera bil, etxera bil, etxera bil” (iru aldiz). Kanpoko aurre etxera etortzen baze ere iten ze. Katuei ez, katuek etzue deus balio. Laratza etze mugitu bear. Deabruak irri egiten zuela erraten zute.* (Si comprabas una gallina o un gallo o bien una cría de cerdo se pasaba alrededor del llar y mientras se le daba la vuelta se decía: Entra en casa, entra en casa, entra en casa (tres veces). Lo mismo se hacía si entraba en casa un niño de fuera. No así a los gatos porque el gato no vale nada. No hay que mover el llar. Se dice que el diablo se ríe [si se hace eso]).

En Luzaide/Valcarlos (N), la costumbre de dar tres vueltas alrededor del llar, se practicaba sobre todo, con el gato y con las gallinas recién adquiridas. Cuenta Satrustegi que cierto caserío había adquirido un hermoso gato, pero éste al cabo de unos días regresó a su antiguo domicilio. La frustrada propietaria comentó este hecho diciendo: *Itsusia! Alta, moda zarrian iru aldiz inguratia nixin laxatian* (¡Qué calamidad! y eso que, a la antigua usanza, le había dado tres vueltas alrededor del llar).

En Sara (L) y Liginaga (Z) cuando, por compra o donación, se llevaba de fuera a casa un gato, se le hacían dar tres vueltas alrededor del llar de la cocina para que no se escapara de su nueva morada.





Fig. 427. *Laratzinguruan katua*, incorporación del gato a la casa.

En Apellániz (A) para que el gato comprado no se escapase de la casa, había que darle tres vueltas alrededor del fuego central, diciendo: “De casa te irás, a casa volverás”.

Esta costumbre fue recogida por Azkue a principios del siglo XX en numerosas comarcas y localidades de Vasconia: Llodio (A); Arratia (B); Donostia y Hondarribia (G); Saraitzu (N); Donibane-Garazi (BN); y Barkoixe (Z). En Dima (B) la señora de la casa le hacía dar tres vueltas junto al llar al gato o gallina recién traídos diciendo: *Etzerako zara ta etzerako izan zaitez*<sup>21</sup> (eres para casa y para casa sé). En Donazaharre (BN) se le hacían dar tres vueltas sin decir nada. En Zuberoa le daban nueve vueltas.

En Lesaka y Yaben (N) y Ezterentzubi (BN) practicaban el mismo rito con las gallinas y gatos recién traídos según recogió el P. Donostia en el primer tercio del siglo XX.<sup>22</sup>

<sup>21</sup> Ibidem, pp. 41 y 111.

<sup>22</sup> APD. Cuad. 2. Año 1921, ficha 215.

En Bajauri, Bernedo, San Román y Urturi (A) cuando se llevaba por primera vez un gato a casa, se le pasaba metido en el saco por la lumbre y humo del fogón para que se hiciera a la casa y no se marchase.

En Abezia (A) se recuerda hoy en día la antigua costumbre de dar tres vueltas alrededor de la casa (no del llar) con el gato que traían de fuera. Los informantes actuales añaden que así se conseguía que el animal se desorientara y no pudiera volver a su antiguo hogar.

Queremos hacer notar que las dos especies citadas en este apartado muestran un comportamiento particular. El gato, que no las gatas, tiene la tendencia a desaparecer de casa con frecuencia, sobre todo en la época de celo de las hembras, apareciendo muy de vez en cuando a medida que va cumpliendo años. Las gallinas, aunque en menor medida, cuando deambulaban sueltas en busca de sustento, solían desplazarse a las casas vecinas que contasen con gallo si en la que vivían no disponían de él, algo no muy frecuente.



Una costumbre similar existió en algunas localidades cuando se incorporaba a la casa un empleado doméstico. Así en Liginaga (Z) se recogió que cuando un criado o criada entraba por primera vez a servir en una casa, se le hacía dar tres vueltas alrededor de su llar.

En Obanos (N) no se recuerda ningún rito al entrar a vivir en la casa una nueva persona.

En cambio se decía que para conocer a una persona “hay que vivir un año bajo la misma campana” (refiriéndose a la campana de la chimenea del hogar). Este dicho se aplicaba a la mujer nueva que entraba en una casa y también a la criada que entraba a servir.